



«París.—El hidroplano Santos Dumont. Pruebas efectuadas recientemente para asegurarse de la estabilidad del aparato, con el cual se propone su inventor correr por el agua a una velocidad de 100 kilómetros por hora. (De fotografía de Branger)»
1907, n.º 1.345, p. 664.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Algo del movimiento bibliográfico cabe decir, sin meterse en honduras de juzgar a los autores, cosa siempre arriesgada, y, dentro de nuestras costumbres literarias, casi peligro mortal.

Muy a menudo me sucede recibir libros, de Europa ó de América, con cartas en que se me ruegan diversas cosas. La primera, que los lea. Eso lo hago siempre, si no en el mismo instante de recibirlos, más tarde ó más temprano, cuando me lo permite el tiempo de que dispongo. Lo segundo, que «emita juicio» acerca del libro en una carta al autor. Esto ya es más difícil. Hay muchos libros acerca de los cuales no ocurre decir gran cosa. Para expresarse con sinceridad completa: hay muchos libros acerca de los cuales no ocurre absolutamente nada. Son libros muy semejantes á otros, porque la originalidad y la novedad nadie dirá con fundamento que pertenezcan al número de las cualidades comunes, sino de las más raras y preciosas. Si todos fuésemos siempre nuevos y originales, ¿para qué queríamos más!

Y de un libro que no encierra particularidad que notarse merezca, ¿qué se opina? El elogio sería muy forzado; la censura, sobradamente cruel... ¿No es cien veces preferible el silencio?

Dormir es una opinión, como diz que dijo el espectador que roncaba en el teatro...

El tercer ruego aún lo considero doblemente peliagudo... Consiste en que publiquemos en la prensa nuestra sentencia crítica sobre la obra que someten á nuestro dictamen, y hay autores más francos que no se limitan á esto, sino que piden con claridad digna de *Chantecler*, «unas cuantas frases elogiosas.»

A primera vista, se creería que eso de elogiar no es difícil, ni puede acarrear malas consecuencias. Con abrir el cajón de los adjetivos manoseados, escoger los que tengan menos abolladuras y polvo y aplicarlos, pegue ó no pegue, ya está. El autor elogiado se queda tan orondo. El público, lo mismo que antes...

Pero, ¡alto ahí! El autor, generalmente, se queda quejoso y molestado, y maldiciendo del encomiasta. Es que esperaba mucho más. Esperaba otra cosa. Esperaba la apoteosis. Le han dado una alabanza fría, igual á las que constantemente vienen aplicándose. Eso no era lo tratado. Y, en vez de un agradecido, tenéis un enemigo solapado y sañudo.

Tal fué la historia de mi *Nuevo teatro crítico*, publicación que sostuve tres años y en la cual seguí activamente el movimiento de la bibliografía española y extranjera, pero limitándome á dar cuenta de aquellos libros que á mi juicio revestían alguna significación, ó por su mérito ó por la nombradía de sus autores. Al expresar, siempre con cortesía, mi impresión personal, no sabré decir la suma de amor propio en carne viva, de vanidades exasperadas, de hipértricas soberbias con que tropecé. El cuadro era

triste y descorazonador. Me prometí ahorrármelo, renunciando para toda la vida á esa crítica de actualidad que tan útil pudiera ser, pero en la cual el crítico necesita público que le sostenga. Y aquí no hay sino grupitos de escritores que se leen los unos á los otros, pero el verdadero público, el de la crítica, no tengo noticia de él.

Así me excuso con los infinitos autores que tienen la, por otra parte, bondadosa atención de acordarse de mí. No hablemos de la temible especie de los solicitantes de prólogos. ¿Cómo librarse de ellos? Con la verdad, droga no siempre salutífera. La verdad, y si no la comprenden, no será nuestra la culpa. No se escribe un prólogo sino en dos casos. Cuando media verdadera amistad y afecto, ó cuando aparece señal de un autor novel que reúne notables condiciones y anuncia que despuntará. Los prólogos, como otras varias cosas, pierden mérito si se prodigan. Los prólogos llevan su tiempo. Los prólogos crean un lazo entre el prologuista y el prologado, establecen solidaridad, y, por consecuencia, compromiso. Escribir un prólogo no es moco de pavo, y pedirlo es pedir algo que tiene gran significación. Sin embargo, casi semanalmente, gente que no conocemos sino para servir-la, nos demanda un prólogo.

El escritor que atiende á todas las peticiones que el correo le trae ya puede renunciar á hacer otra cosa en su vida. ¿Qué diré de las Revistas nacientes que piden colaboración gratuita, pero inédita; y á veces, hasta señalan el tema que hemos de desarrollar? ¿A quién, sino á los escritores, se les va con tales pretensiones, que no vacilo en calificar de gollerías? ¿No hay algo de desconsideración en el hecho? ¿Tan poco valemos, que hemos de trabajar como el sastre del Campillo? Por desgracia, una reputación literaria no es, al menos aquí, un motivo de que se respete algo el tiempo y el valer de quien la ha conseguido. En cierta ocasión llegó á mi antesala una mujer pedigríeña, que aspiraba á que yo, sin conocerla ni de vista, diese una colocación á su marido. Como el criado que la recibió le dijese que ni yo podía dar destinos, ni, caso de poder, los daría al primero que llegase, la mujer exclamó, con indescriptible expresión de desprecio: «¿Es escritora y hablan tanto de ella y no da destinos? ¡Pues valiente escritora será!»

No hizo la mujer, cuyas auténticas frases transcribo, sino descubrir el corazón. Su boca fué sincera. Para una muchedumbre incontable, ¿de qué sirve un nombre, si de él no puede sacar utilidad el que pase?

Desconocidos, desde puntos que casi no están en el mapa, me toman por agente de sus negocios, y me piden, con la mejor fe, que active esto, que arregle aquello, ó les saque adelante en lo de más allá. Mis tasadas horas de descanso, son suyas, en virtud de un derecho: han oído resonar mi nombre. No ha faltado quien me diga que, no sirviéndole de nada los diputados, en lo sucesivo acudiría á mí. ¿Qué recurso queda? Matarles..., ó reirse. Opto por lo segundo, y, con menos melancolía que el *Aiglon*, al recibir el correo, murmuro cien veces: «¡je déchire...»

Con la digresión, que ha salido extensa, he rezagado lo del movimiento bibliográfico que deseaba reseñar. Y caigo en la cuenta de que no es ahora ocasión de hacerlo, porque las nacientes empresas que se prometen editar los clásicos españoles muertos y vivos—yo sostengo que hay clásicos vivos, la cuestión es saber discernirlos bien,—no han desarrollado aún sus planes: no hacen sino empezar. Aguardaremos á que tome algún vuelo la brillante iniciativa, para señalarla á la atención de los lectores de estas Crónicas.

Lo único que se puede adelantar, es que en España se publican hoy muchos y buenos libros. Digo buenos en el sentido genérico de que son libros importantes á la cultura. No es únicamente el libro ameno y bello el que nutre á las generaciones. El libro útil, el libro que enseña, en el cual hay elementos científicos, también es muy necesario. Y, cuando se publica, habrá que deducir que se lee.

No es posible que la aproximación á los países americanos donde se habla el español, deje de producir en la librería efectos bienhechores. Cada vez nos hacemos más íntimos con la gente de nuestra raza que puebla esas tierras por nosotros conquistadas y descubiertas, y alimentamos la esperanza de que los libros estrechen la unión.

Las tentativas de aviación han fracasado en Madrid, excepto las pruebas del dirigible «España» que ha volado gallardamente. Santos Dumont pasó por Madrid finchado y arrogante, anunciando primero su

ensayo, y luego negándose á realizarlo. El mentidero susurró muchas cosas respecto á las causas de la negativa del brasileño á cumplir su compromiso con el pueblo de Madrid;—con el pueblo, es un modo de decir, pues realmente Santos Dumont proyectaba un volido aristocrático, chic, ante un público muy smart. —Ello es que no voló, y la opinión se puso resuelta al lado del duque de Arión, presidente del Club que patrocinaba el vuelo.

Kindelán hizo su recorrido y sus evoluciones, inesperadamente, con gentil desembarazo, con gran seguridad y brío. Los extranjeros que intentaron pruebas con aeroplanos, hay que confesar que no se lucieron demasiado. Diríase que el aparato no está acabado de inventar.

Y se diría la verdad. Todas aquellas fantasías de los convoyes de aeroplanos, de viajar por el aire como se viaja por el agua, tardarán mucho en tomar cuerpo—si es que alguna vez lo toman.

No creo que expresar este recelo pueda calificarse de pesimismo. Hay mil cosas á que la humanidad aspira y que probablemente no conseguirá nunca. Eso no resta mérito ni á la aspiración, ni á los que por ella combaten. Es noble, y más noble por el mismo peligro que entraña, el anhelo de los Ícaros; pero sospecho que nunca el globo será medio normal de comunicación. Si lo fuese, como lo es el barco, ya estaría empleándose desde la más alta antigüedad, por todos los pueblos del globo. La navegación es un invento gigantesco, y antiquísimo. La canoa del indio resuelve el problema lo mismo que el buque más moderno.

Han pasado por las calles de Madrid bandadas de palomas; las niñas que hicieron su primera comunión.

Antaño, se celebraba esta solemnidad cuando las criaturas cumplían los ocho: el clásico «uso de razón.» Ahora, se supone que la razón no viene tan temprano, ó si viene no está bastante madura para tan grave iniciación del espíritu en el más hondo de los misterios religiosos. Generalmente se espera á que las niñas cumplan los diez y á veces los doce. Así es que son mujercitas en capullo las que cruzan nimbas por el blanco tul, con el pelo cuidadosamente rizado en bucles, los pies cautivos en zapatitos de elegante forma, la mano enguantada sosteniendo el devocionario de nácar ó marfil, y el aire querubinesco, de retablo. Lo curioso es que no faltan papás y mamás que, terminada la ceremonia, recibido por sus hijas, por vez primera, el inefable Sacramento, las llevan, como si fuese la cosa más natural, á pasar la tarde en el cinematógrafo...

No es que un cinematógrafo sea una cosa mala en sí. No obstante, para tal ocasión, no parece lo más indicado. Los cinematógrafos tienen á veces películas muy poco en armonía con los blancos pensamientos que deben ocupar—al menos en tan solemne día—la mente de las neófitas.

Ahora es frecuente que la caridad se ejerza en vestir á las niñas pobres que han de hacer la primera comunión. A las niñas, y también á los niños. Por lo común, no se les viste de blanco, sino de azul ó de otro color que pueda ser práctico para que sigan usando el traje después. El blanco, en los comulgantes como en las novias, constituye un lujo, una nota de poesía que tal vez no está permitida á los desheredados de la fortuna.

Es cierto que en Francia las novias, aunque pertenezcan á muy humildes capas sociales, visten de blanco con frecuencia; pero aquí no se ha implantado tal costumbre. Hay algo de simbólico en el traje negro de las casadas sin recursos y sentenciadas á trabajo recio, por toda su vida. Hay algo no menos significativo en las obscuras ropas con que la caridad viste á la infancia menesterosa, acogida en Asilos ó amparada en hogares donde no abunda siempre el pan.

Obscuras y todo, esas ropitas nuevas, estrenadas en señalado día, son un goce y hasta una vanidad para los niños sin fortuna y sin emociones, los niños de quienes nadie ríe las gracias. Van á estrenar, no sólo la vestimenta, sino el calzado, el libro de misa, el velo ó siquiera el gorrito blanco; van á ser, por espacio de algunas horas, festejados, atendidos; van á escuchar, en la iglesia, música dulce; van á recoger sonrisas, palabras de afabilidad; y, de toda la fiesta sacra, van á deducir que tienen un alma igual á la de las otras niñas pudientes y mimadas, las del hábito blanco; y que á esa alma se acerca Dios con el mismo amor que pudiera acercarse á la hija del rey... Y en ello hay consuelo y esperanza, inocente orgullo y algo que dignifica,—sobre todo, á quien sea capaz de comprenderlo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.